

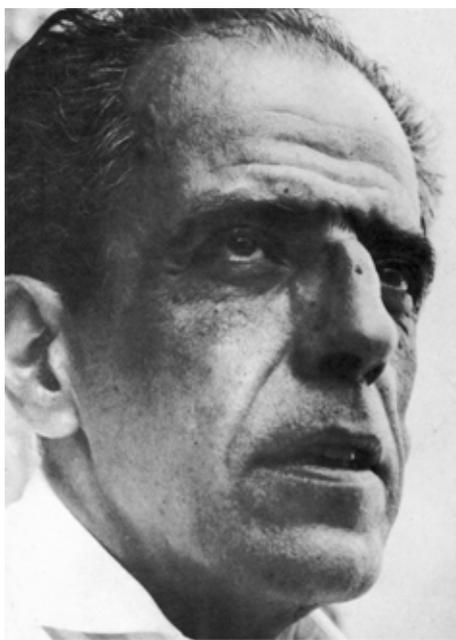
El complot nostálgico y violento de Rafael Bernal

César Arístides

Retrato de la violencia triste y de la amargura maquillada con humor negro, de una ciudad en permanente grisura social y existencial; memoria de un viejo asesino de la policía en cuyos hombros se acomodan decenas de muertos para enaltecer los sin sabores de una vida podrida, sin rumbo, inmersa en el desencanto social que nos dejó la Revolución mexicana, *El complot mongol* es también una obra de pasajes macabros, ironía y burla, vértigo y cursilería de radionovela, relato de audacias románticas entre lo sexual y lo rosa trasnochado, escrita con el filo de una navaja oxidada pero dueña de una narración fluida, compacta, que revela el sarcasmo, las calles sucias y los crímenes sin piedad, con golpes de fortuna hilarantes y una melancolía salvaje.

Se cumplieron en 2015 cien años del nacimiento de Rafael Bernal, escritor mexicano de obra breve y perdurable. Sin duda, el mejor homenaje es rescatar sus relatos policíacos y sus novelas, *Caribal* y particularmente *El complot mongol*: intriga internacional que pone a la Ciudad de México como escenario de un posible atentado presidencial.

En la ciudad de los palacios enfermos, de las cantinas y mercados donde predicen perros y borrachos, donde quizá fumaron juntos un cigarro de recuerdos Nahui Ollin, Bernabé Jurado y Chakumbele, mientras de la fonda salía el lamento de María Luisa Landín o de Moscovita y sus guajiros; en aquellas avenidas y callejones eternamente viejos, su personaje principal, Filiberto García, encontrará las claves para enfrentar la conjura internacional, y también el jodido amor; para lograrlo entrará en las tripas de la noche, en sus vísceras y bilis, en las tardes lluviosas de erotismo rancio, en los cafés de chinos donde amantes trasnocha-



Rafael Bernal

dos o gánsteres de la vieja guardia maldicen su existencia, calles de una urbe eternamente vieja: Dolores, Mina, López, Ayuntamiento, Luis Moya, Revillagigedo, donde putas y tenderos hurgaban en las madrugadas para desenterrar su *amor perdido*, donde conspiraban gringos, delincuentes, los primeros narcos; allí avanza ladino y enamorado nuestro personaje, en busca de verdades, en busca de consuelo, para encontrar solo/sólo la muerte.

Rafael Bernal, poeta, diplomático, periodista y apasionado del contexto marino, comparte sus obsesiones dentro del género negro con una historia dura, ingeniosa, con efectivas dosis de humor negro y en el mejor estilo de aquella célebre *La llave de cristal*, de Dashiell Hammett, donde también una intriga política encubre los intereses de funcionarios, donde la venganza y el asesinato son acciones de gobierno; o *Adiós, muñeca* de Raymond Chandler, por su retrato preciso a las zonas oscuras,

a las calles enfermas donde se agazapa el delito y la turbulencia tiene el manto de la noche más espesa; en el caso de Bernal, la noche densa por el cigarro, la voz dolorida de los desposeídos y la niebla nocturna de México.

Retrato en blanco y negro de los últimos días del México posrevolucionario, donde los licenciados se abren paso entre los militares y juntos —o enfrentados— buscan el poder y entrar en la modernidad para honrar a los mártires de la Revolución, *El complot mongol* revela los pasos que dio Filiberto García para deshacer la conjura llegada de Mongolia: existe el rumor —difundido por los rusos— de que se planea un atentado contra el presidente norteamericano en una visita de Estado a la Ciudad de México. Para trabajar en las investigaciones dos agentes de inteligencia acompañarán a García, uno ruso, con una mirada tristísima y la profunda melancolía de la herida y el hielo; el otro gringo, con la impecable apariencia de un vendedor de seguros y una estúpida sonrisa eterna.

Cuestionado por su brutalidad, García, misógino, perverso y de pronto un sentimental risible, después de dar las primeras luces de la intriga es obligado a dejar la investigación por un alto mando del gobierno, el licenciado Del Valle. Pero García no sólo está empantanado en la confabulación; además, se ha enamorado de una misteriosa china, y para su negra fortuna la mujer decide seguirlo. Resentido por su desplazamiento, avanza por su cuenta en las pesquisas hasta dar con el verdadero complot y desbaratar las intenciones.

Publicada en 1969, la novela —un clásico de la literatura mexicana del siglo XX— mezcla con notable eficacia narrativa la descripción de los escenarios, las at-

mósferas y los pensamientos del personaje principal; se respira sin dificultad el olor de los balazos, la sangre y el alcohol, los perfumes de la mujer amada, la ciudad y su vejez, su perpetua decadencia social y de valores, su temperamento otoñal en la metafísica criminal.

La efectiva dureza de Bernal comparate sus trampas y secretos con, por ejemplo, *Los secretos del paraíso*, de Guillermo Zambrano, donde burdel y penumbra se conjugan para darle rumbo al asesinato y la desolación, con el mejor Rolo Díez y su *Luna de escarlata*, por esa búsqueda caliente que asfixia y revela la perversión, el anhelo sexual y el crimen; incluso va más allá para asentarse en las obsesiones de Rubem Fonseca, pues en *El seminarista* —lo mismo en la novela de Bernal—, hay un asesino que debe cumplir la encomienda; una intriga y, sí, también el matón se enamora de una mujer implicada, quien será... Novelas espejo, ambos protagonis-

tas son pistoleros profesionales, ofrecen los testimonios del hombre solitario, violento, sexual y rendido al podrido amor.

El García de Rafael Bernal, de mirada gélida, pétrea y entrado en años —sesenta son muchos para amar y aún lejos para morir—, es un cabrón huraño y receloso, intuitivo y desalmado; no se puede ser de otra manera cuando la muerte te abraza, te besa, te tienta y te seduce, aunque por cabrón, por pinche melodramático también y cruel, lo venza no la muerte, sino su amada inmóvil, su pinche puta y jodida soledad.

Al concluir la historia retumba una serie de especulaciones que vale la pena señalar. En el contexto se tiene presente el atentado a Kennedy, y García, al descubrir el vértigo y la espiral del supuesto complot, concluye que por muy avezados los agentes del FBI y de Rusia, por muy siniestros los espías de China, no se necesita un regimiento para acabar con un diplomá-

tico, porque en México no es como en Dallas, y si quieres matar a un presidente no lo haces con un rifle ultramoderno con mira telescópica, insiste García: debes llegar hasta la intimidad, la entraña, el genitio y matarlo, luego esperar a que te maten, te refundan, te corten el aliento, el pasado y la esencia; matarlo y que te maten aunque sigas vivo/hundido, pero eso sí, con el objetivo tieso, cadáver, como lo hizo Torral con el general Obregón, como le ocurrió al espectro de Mario Aburto, al asesinato de José Francisco Ruiz Massieu...

En 2015 se cumplió el centenario del nacimiento de Rafael Bernal, autor de una novela que se impone por su belleza sórdida y nostálgica, por el chiste viejo y la burla de toda piedad. Merecen la atención de los lectores su ironía, su humor macabro, su violencia y, con ello, una mirada a una época en la Ciudad de México en la que —como ahora— parece que todo está enrarecido, sucio, perdido. **u**

